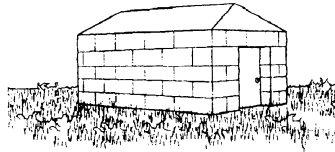


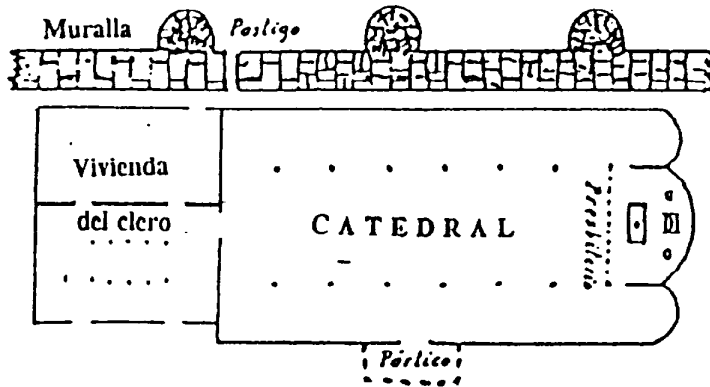
SEGUNDA PARTE

EL SANTUARIO DEL SIGLO I AL XI





*Edículo de Santiago: 40-1120
aislado y sin culto público,
guarda la Columna de la Virgen.*



*Catedral de Santa María: h. 313-1120
considerada como ampliación del Edículo.*

I. EL SANTUARIO BAJO DOMINIO MUSULMÁN

1. Zaragoza, capital de la Frontera Superior

Mahoma había logrado unificar a principios del siglo VII las tribus de Arabia valiéndose de su credo religioso: sólo Alá es Dios. Imbuidos de un fuerte fanatismo con tal lema, los impulsó a la conquista del mundo. Partiendo de Arabia fue vertiginosa la expansión de su imperio. Al principio del siglo VIII alcanzaba por el este los confines de la India y por el oeste las orillas del Atlántico a través de los territorios norteafricanos. El califa, príncipe de los creyentes, residía en Damasco. Bajo sus órdenes, Musa b. Nusayr gobernaba el Magrib (Marruecos).

La vecina España se ofrecía como bocado apetitoso y fácil de conseguir por la debilidad de la monarquía visigoda. Contando con la colaboración del exarca de Ceuta —el cristiano don Julián— envió Musa una expedición de siete mil guerreros mandados por su lugarteniente Táriq. Desembarcaron en la peña que lleva su nombre, Gibraltar, en mayo del 711. El rey Rodrigo, abandonando la campaña contra los vascones, acudió presuroso a hacerle frente.

El encuentro tuvo lugar a orillas del río Barbate, que desemboca en la laguna de la Janda. Ocho días duraron los combates. La derrota de los visigodos fue completa: allí pereció su reino. Táriq pudo avanzar hasta Córdoba y entró victorioso en la capital visigoda, Toledo. Musa no quiso que se le escapara la gloria de la conquista. En junio del 712 cruzó el estrecho con dieciocho mil hombres y ocupó Sevilla. En el verano siguiente conquistó Mérida y arrasando con crueldad toda resistencia, se presentó en Toledo²²⁶.

Ambos jefes juntaron sus fuerzas. A sus ojos Zaragoza aparecía como la presa

²²⁶ Arié, R., *España Musulmana en H.^a de España*, dirig. por Tuñón de Lara, p. 14.

más codiciada. Se presentaron ante sus murallas en la primavera del 714. ¿Hubo asedio? Parecería natural una heroica defensa. No hubo temple de ánimo para organizarla. Los más conspicuos se largaron salvando sus vidas y bienes posibles. También el obispo Bencio recogió las reliquias y vasos sagrados y huyó a las montañas de Ribagorza, lamentándose de que no le siguieran los fieles.

Se conocían casos en que el enfrentamiento se pagó con venganza de exterminio. Lo deseable era una ventajosa capitulación. No se conocen sus cláusulas, pero tenemos un indicio de ellas. La Canónica del monasterio de San Pedro de Tabernas recoge de la tradición las condiciones en que se hizo la entrega de la ciudad. Los cesaraugustanos se sometían a las autoridades musulmanas; pedían, en cambio, respeto a sus vidas, bienes y religión. Solicitaron de modo especial la utilización de dos templos: la **catedral de Santa María** para la celebración del culto y la basílica-monasterio de la **Santas Masas** como guardiana de las reliquias²²⁷.

Musa se mostró indulgente ante la actitud sumisa. Se instaló en el palacio de gobierno, que desde entonces llevará el nombre de la Zuda, situado en el ángulo noroeste. Las tropas ocuparon los fuertes y puntos estratégicos. Lo más urgente era la reorganización de la ciudad. A los cristianos se les obligó a replegarse al noroeste, el sector contiguo al templo de Santa María. Los judíos siguieron en la parte sureste, sin ser molestados ni en sus bienes ni en su práctica religiosa: habían sido cómplices y colaboradores de la invasión. Se los recompensó asociándolos a las tareas de la administración y vigilancia. Los musulmanes ocuparon el resto de las viviendas. Los tres grupos radicaban intramuros. De ahí se derivaba la necesidad de mantener relaciones continuas. El arquitecto Hanas as-Sananí convirtió la iglesia de San Vicente en mezquita mayor. Lenguas se hacían los cronistas árabes de su magnificencia. Entre otros detalles señalaban que el mihrab, o nicho orientador de la Meca, estaba hecho de un solo bloque de mármol blanco, esculpido de un modo admirable, sin que hubiese otro que lo igualara. Fue agrandada en el 856.

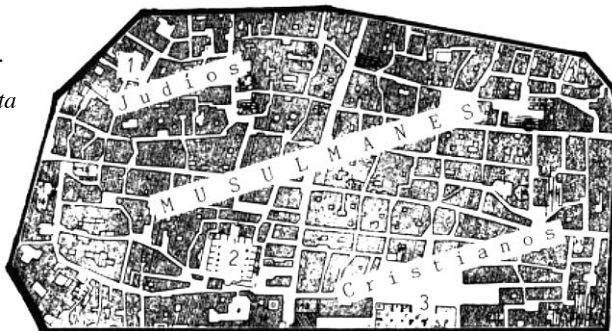
Musa logró someter en pocos días los pueblos de la zona media del Ebro. El nombre de Caesaraugusta se arabizó en Saraqusta; los historiadores le añadieron el apelativo de al-Baida —la Blanca— y quedó constituida en capital de la provincia o marca superior de al-Andalus (España mora). Puso al frente un gobernador con fuerte guarnición para asegurar su dominio y en unión con Táriq se dirigió a la conquista de Castilla y León²²⁸.

²²⁷ Viguera, M.^a J., *Historia de Aragón 3 Ocupación de Zaragoza*, p. 32.

²²⁸ Senac, Ph., *Administración musulmana*, en ETA 8, p. 100.

Zonas de ocupación por credos.

1. Sinagoga mayor. — 2. Mezquita mayor. — 3. Santa María



Los musulimes saraqustíes

Los conquistadores (árabes y bereberes) que rindieron a Zaragoza profesaban la religión musulmana, que se basa en un monoteísmo absoluto. Las supuestas revelaciones que recibió Mahoma del ángel Gabriel fueron recopiladas en el Corán. En él se detallan los preceptos de la moral islámica: la oración, las abluciones, la limosna, el ayuno en el mes de Ramadán y la peregrinación a la Meca. Permite la poligamia, impone la circuncisión²²⁹.

Los nuevos amos se mostraron tolerantes con las otras religiones —judaica y cristiana—, pero a costa de pagar determinados tributos. En cambio, empleando una política muy hábil de captación, ofrecían ventajas a los que abrazaran el mahometismo. La tentación se presentaba muy fuerte: exención de tributos, equiparación en el estatuto civil y jurídico con los vencedores, pudiendo aspirar al ejercicio de los cargos públicos. Añádase a esto que la instrucción religiosa era deficiente. Total que muchos cristianos renegaron de su fe y se hicieron musulimes; se arabizaron completamente integrándose en la sociedad musulmana; recibieron el nombre de muladíes. Aunque en los comienzos los musulmanes estaban en minoría, los casamientos con mujeres cristianas, la llegada de nuevos contingentes de guerreros y el profuso número de renegados invirtieron la proporción²³⁰.

2. Los mozárabes saraqustíes

En contraste con los dominadores aparecía el reducido elemento cristiano. Los hispanos que permanecieron en su lugar viviendo bajo el poderío musulmán

²²⁹ Aguado Bleye, P., *Manual de Historia de España*, I, p. 394.

²³⁰ Fernández Conde, J., *Cultura y religión musulmanas en la H.^a de la Iglesia en España II*, dirig. por R.G. Villoslada, p. 22.

y se mantuvieron fieles a la fe cristiana profesada desde su niñez, fueron denominados mozárabes (arabizados). No se les tenía en cuenta para la vida social y económica de los dominadores. Su situación era la de tolerados. Pero esa permisión la debían compensar pagando pesados tributos: el impuesto de capitación o personal y la contribución territorial. Por eso los cristianos y judíos se denominaban los pueblos del tributo.

Dentro del sector asignado gozaban de cierta autonomía para organizar su vida social y administrativa. No hace falta añadir que bajo control del gobernador. Tenían autoridades propias. Al comes o protector —jefe territorial— le correspondía velar por el orden y buena marcha de la vida ciudadana. Le ayudaba el cadí o censor —juez de los cristianos—, a quien incumbía resolver los litigios y pleitos que se suscitaban entre ellos; la norma que se aplicaba para solventar las cuestiones era el *Liber Judiciorum* visigótico. Si la contienda se originaba entre musulmán y cristiano, el proceso se confiaba a un magistrado del poder dominante. Existía también el oficial encargado de la recaudación de impuestos denominado exactor²³¹.

La lengua coloquial empleada comúnmente entre los mozárabes fue el romance hispano, derivado del latín vulgar tal como lo heredaron del tiempo de los visigodos. Pero al ser constantes las relaciones comerciales o de trabajo, muchos conocían el árabe dialectal hispano. También gran número de musulmanes sabían hablar el romance. De ahí resultaba una práctica habitual de bilingüismo entre los de uno y otro credo. Naturalmente la influencia arabizante fue mayor que la inversa. Se usaban además el latín y el árabe literarios.

Como cabeza de la autoridad religiosa figuraba el señor obispo. Saraquista no fue una excepción en mantener la sede episcopal; en todo el territorio de al-Andalus siguieron subsistiendo las diócesis. Alcanzaban el número de sesenta y dos. Conocemos los nombres de bastantes obispos que pastorearon a los mozárabes saraqustíes. Algunos pudieron cumplir pacíficamente con su oficio pastoral. Otros, como Eleca, Bernardo, se vieron obligados a tomar el camino del exilio y refugiarse en los reinos cristianos. Se mantuvieron en estrecha relación con otras diócesis, sobre todo para decidir en cuestiones doctrinales o disciplinarias. La que gozaba de más autoridad era la de Toledo por su categoría de primada. Era natural que las consultas se dirigieran a ella de modo preferente²³².

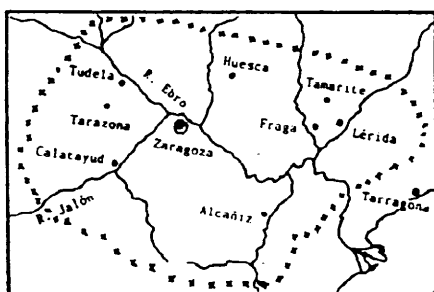
En los cuatro siglos de servidumbre disfrutaron los mozárabes zaragozanos de

²³¹ Rivera Recio, F., *La iglesia mozárabe en H.^a de la Iglesia en España II*, dirigida por R.G. Villoslada, p. 22.

²³² Lacarra, J. M., *Historia de Zaragoza I. Zaragoza musulmana*, p. 127.

algunos años de respiro. Durante la taifa de los Beni Hud seguramente fueron bien mirados y considerados pues estuvieron al frente del gobierno y de la milicia cristianos de gran prestigio. Así al-Muqtádir tuvo como primer ministro al mozárabe Abu Umar, hijo de Gundisalvo. Su influencia tuvo que dejarse sentir en bien de los suyos. El Cid fue el brazo derecho de Al-Mutamin. En 1082, después de la batalla de Tamarite, pudieron contemplar su entrada triunfal por las calles de la ciudad y cómo era agasajado y honrado por el rey como el primero de su corte y enriquecido con regalos de oro y plata. Causaría alegría verlo, junto con sus guerreros castellanos, en las celebraciones litúrgicas²³³. De que eran buenos cristianos lo prueba el hecho milagroso sucedido en 1092 cuando al-Mustain le llamó para someter a los levantiscos²³⁴.

Al estar exentos de intervenir en las campañas militares, podían dedicarse a las actividades comerciales. Los favorecía el hecho de hallarse Zaragoza en la ruta comercial entre los centros de producción de al-Andalus y los estados germánicos. Servía además de depósito de mercancías y se podía conseguir información abundante.



La taifa de Zaragoza



El Cid Campeador.

3. La catedral de Santa María

A raíz de la reconquista de Zaragoza por las tropas cristianas, el nuevo obispo **Pedro de Librana** escribía a los residentes en los países europeos en una carta circular: «*Habéis oído contar (audivistis) con suficiente detalle que (...) ha sido conquistada la ciudad de Zaragoza por las armas cristianas y que ha sido liberada la iglesia de la bienaventurada Virgen María después de haber permanecido durante mucho tiempo sujeta, ¡oh dolor! al dominio de los infieles sarracenos*»²³⁵.

²³³ *Ibidem*, p. 138.

²³⁴ Menéndez Pidal, R., *La España del Cid*, p. 248.

²³⁵ Pedro de Librana, *Carta circular*, M.L. 139, 680.

Tanto el papa Gelasio II como el obispo Pedro nombran en sus respectivas cartas la iglesia de **Santa María** como la única intraurbana existente en la Zaragoza musulmana y gozaba de sede episcopal. Estaba situada junto a la muralla, respetando el paso de ronda. Dijimos que en correspondencia con ella fuera de la muralla y a 14 m de distancia se hallaba el edículo de Santiago, que también había sido liberado del poder musulmán. Luego resulta cosa segura que tanto la catedral como el edículo se hallaban presentes en el año 714, pues los musulmanes no permitieron a los cristianos ni edificar nuevas iglesias ni restaurar las existentes.

Recordemos el testimonio de Zurita. «*Existe constancia de que en aquellos míseros tiempos el santo y piadoso templo dedicado a la Virgen María (...) fue para los nuestros como ara sagrada y puerto de refugio, de santidad, de culto religioso y de gobierno público*»²³⁶. En efecto, era necesario acudir a Santa María para cualquier acto religioso: misa dominical, recepción de sacramentos. Todas las funciones debían celebrarse a puerta cerrada. Las autoridades musulmanas no permitían ninguna manifestación de culto cristiano tal como procesiones, toque de campanas, etc. Los textos litúrgicos escritos en latín literario, cantos y ceremonial, pertenecían al rito visigodo conservado con veneración.

Sorprende la permanencia del edículo de Santiago, solitario en descampado a la orilla del Ebro, sin culto público y cerrado casi todo el día. Se ve que gozó del respeto de los musulmanes por estar dedicado a la madre de Jesús, pues los textos del Corán la mencionan siempre con encomio. Conocemos por documento fehaciente su fuerte constitución. El primitivo edículo de adobes había sido encajonado entre doble pared de cantería para su conservación. Así se comprende su resistencia a los embites pues en el 827 fuertes inundaciones del Ebro llegaron a causar destrozos en el puente y perjudicar la muralla de la ciudad.

Escribe Zurita que la catedral de Santa María ofreció sede y domicilio a los obispos *Eleca y Senior y a sus antecesores y sucesores*²³⁷. Nos interesa fundamentalmente bien la historicidad de Senior porque constituye un eslabón importante en la tradición pilarista. Nos proporciona la prueba la figura cumbre de la mozarabía, **S. Eulogio de Córdoba**. Eulogio había nacido en Córdoba hacia el año 810 bajo el emirato de Alhaquem I. Realizó estudios para el estado eclesiástico con los clérigos de la iglesia de S.Zoilo. Se ordenó de sacerdote a los 25 años y se dedicó a los trabajos pastorales.

Sus hermanos Isidoro y Alvaro se dedicaron al comercio y en el 848 se fueron a Alemania a negociar. Como la vuelta se retrasaba mucho, Eulogio, a ins-

²³⁶ Zurita, J., *Anales de la Corona de Aragón*, Año 889, f. 13.

²³⁷ *Ibidem*.

tancias de su madre, pensó hacerles una visita, pero encontró la frontera del Pirineo cerrada por cuestión de guerras. Lo acogió con gran caridad Guiliesindo, obispo de Pamplona y le proporcionó medios para visitar los monasterios de la región. En S. Zacarías de Serasa tuvo rumor por los peregrinos de Santiago de la vuelta de sus hermanos. Determinó salir con rapidez a su encuentro en Zaragoza, y allí permaneció durante algún tiempo conviviendo con el obispo Senior. Vuelto a Córdoba, escribió a su bienhechor Guiliesindo el 15 de noviembre del 851 una carta de agradecimiento en donde se encuentra este párrafo: «*Después de despedirme de vosotros, llegué presuroso a Zaragoza por el asunto de mis hermanos. Allí permanecí durante algún tiempo conviviendo con el obispo Senior, quien gobernaba entonces la grey de aquella ciudad con gran rectitud y santa vida*»²³⁸. Merecen todo crédito estas palabras de S. Eulogio.

4. El monje Aimoino, benemérito historiador

En el siglo IX el monasterio benedictino de San Germán de los Prados estaba considerado como una de las abadías más esclarecidas de Francia. La iglesia había sido edificada por orden del rey Childeberto en medio de una inmensa llanura que se extendía a la orilla izquierda del río Sena en las afueras de París para guardar la túnica ensangrentada del arcediano y mártir S. Vicente. Dicha túnica la había obtenido de los zaragozanos el año 541 a cambio de levantar el asedio de la ciudad.

El templo había resultado de una magnificencia extraordinaria: brillaron los mármoles, las pinturas al fresco, los techos cubiertos de láminas de bronce, los retablos dorados. Fue consagrada por el obispo Germán el 23 de diciembre del año 561. Se llamó **San Vicente de los Prados**. En lugar ostensible colocó la reliquia y una placa con esta inscripción: «*Yo, el rey Childeberto, edificué este templo de San Vicente Mártir, cuyas reliquias traje de España*»²³⁹.

El obispo Germán murió en olor de santidad el año 576 y su cuerpo fue colocado en el altar mayor, lo cual equivalía a una canonización, y el pueblo fue generalizando la denominación de **San Germán de los Prados**. A la sombra de esta iglesia se construyó un monasterio benedictino de grandes dimensiones. Como decíamos, en el siglo IX era célebre por la santidad y sabiduría de sus monjes. Uno de ellos, llamado **Aimoino**, sobresalió de modo notable. Debió de profesar hacia el año 840 y murió el 6 de junio del 889. El año anterior su discípulo Abbón le dedicó dos libros en verso sobre «El asedio de París por los normandos».

²³⁸ S. Eulogio de Córdoba, *Carta a Guilesindo*, M.L. 120, 847.

²³⁹ Haimoino, *De gestis fracorum*, ML. 139, 580.

El abad Gozolino le había confiado el cargo de notario, jefe del escritorio. Estaba considerado como un gran historiador, pues había escrito cinco libros sobre la Historia de los Francos²⁴⁰. Pero nos interesa sobre todo por el tratado *«Invención y traslado del cuerpo de S. Vicente Mártir»* cuyo origen fue el siguiente.

Después de muchas aventuras y desventuras, tras haber sido sustraídas sigilosamente en Valencia las reliquias del mártir Vicente, habían logrado un lugar honorífico y devoto culto en el monasterio de **S. Benito de Castres**, al este de Toulouse. La habilidad y diplomacia del abad Bernón habían logrado el éxito el año 864, valiéndose de las estratagemas del conde de la Cerdaña, Salomón, amigo de toda confianza. El protagonista de la odisea había sido un tal **Audaldo**, mitad monje, mitad pícaro.

Tanto el abad como los monjes de San Benito, deseosos de que figuraran consignados para la posteridad los sucesos de la invención y traslado de las reliquias del arcediano confesor de Cristo y la relación de los numerosos milagros ocurridos por su intercesión, rogaron a dom Gozolino, abad de San Germán de los Prados, que encargase al monje Aimoino su redacción. Éste brillaba por su talento literario, de ahí que los de Castres se acordaran de él. El que mejor conocía las peripecias y andanzas del peregrinaje de las reliquias era Audaldo. Por eso se fue a París a ponerse a las órdenes de Aimoino.

A éste le interesó mucho el asunto porque el célebre mártir era patrono de su monasterio y estaba muy al tanto de su heroicidad por las Actas de los Mártires y obras de Prudencio. Después de oír con atención al locuaz informante, escribió el libro titulado *«Invención y traslado del cuerpo de San Vicente, levita y mártir»*. Al terminarlo en el 870 se lo envió a dom Bernón y monjes de San Benito de Castres con afectuosa dedicatoria. Como en él se contiene la expresión más feliz sobre la santidad y dignidad del templo de Santa María del Pilar, la vamos a considerar en su contexto, extrayendo la sustancia del libro.

Empieza así la narración literaria:

«En el año 854 de N.S. Jesucristo, reinando el católico monarca de los francos Carlos, hijo del emperador Ludovico Pío, en aquella parte de sus estados que se llama Aquitania y en el monasterio llamado vulgarmente Conkitas, tuvo una visión celestial el monje Hildeberto, maduro en edad y costumbres».

En ella recibió esta orden:

²⁴⁰ Gutiérrez Lasanta, P., *Historia de la Virgen del Pilar I*, p. 145.

²⁴¹ Aimoino, *Invención y traslado del cuerpo de San Vicente*, ML. 126-310.

«Vete a Valencia de Hispania y busca fuera de las murallas el lugar donde fue sepultado S.Vicente, diácono y mártir, cuyo cuerpo, una vez destruida por la barbarie de los sarracenos la iglesia en la que estaba, quedó allí sin culto y bajo los escombros. Es voluntad del Señor que este glorioso amigo de Dios, sacado de allí con diligencia, sea trasladado a un lugar de paz y culto legítimo».

Hildegardo comunicó en secreto el mensaje a su confidente Audaldo, que se había retirado al claustro sabiendo mucho del mundo. Éste, por su parte, había oído en repetidas ocasiones a Berta, noble español, que el sepulcro de san Vicente estaba abandonado y que sería fácil adueñarse de las reliquias. Comunicaron los dos al abad Blandino el mensaje de la visión y su deseo de cumplir el encargo recibido. ¡No era nada tener las reliquias de san Vicente! Les concedió amplios permisos, dos criados de compañía y bolsa bien repuesta.

A los pocos días del viaje, enfermó Hildegardo y regresó con su acompañante. Sobre Audaldo recae la herencia de la comisión celestial y logra arribar a Valencia con su auxiliar, que por más señas era mudo. Se hospedó en casa del moro Zacarías. Sondeó su ánimo, pues la empresa era arriesgada. Estaba dispuesto a colaborar y le pagó los 45 sueldos que exigía. Examinaron las ruinas de la iglesia y dieron con un sepulcro intacto con la inscripción: *«Vicente mártir, hijo de Eutiquio y Enola»*. Lo abrieron, recogieron las reliquias en un saco que cargó el ayudante como si fueran limosnas y emprendieron el regreso. Necesitaron casi una quincena para llegar a toda prisa a Zaragoza.

Se presentaron como peregrinos en el sector mozárabe. Les proporcionó aposento una mujer que vivía junto a las murallas. A la hora de Maitines, el incauto monje sacó las reliquias, encendió las velas y se puso a salmodiar. La mujer,



Abadía de Conkitas.



Itinerario de Audaldo.

curiosa por demás, lo espió. Al amanecer corrió a la catedral para comunicar a los sacerdotes y al venerable Senior lo que había observado. El prelado mandó traerlos a su presencia. Sólo hallaron al mudo con el saco; el monje se había ausentado en busca de vituallas. Cuando Senior descosió el saco, se dio cuenta de que se trataba de las reliquias de un mártir.

Corrió desolado el monje. Gesticuló, lloró, ensartó una serie de patrañas —que eran restos de un pariente, los llevaba para que descansaran en tierra cristiana— imploró su devolución. Al prelado los años le habían dado mucha síndrome para proceder con tino. Pensamos que lograría averiguar la verdad. Y ahora viene la admirable afirmación del historiador Aimoino:

«El obispo Senior, creyendo firmemente que era el cuerpo de algún mártir, mandó guardarlo con todo respeto y reverencia en la iglesia de la bienaventurada Virgen María, la cual es madre de las iglesias de aquella urbe. Y en ella, otro tiempo, el mismo mártir y valeroso atleta de la fe (Vicente) había ejercido el cargo de arcediano bajo el pontificado de San Valero».

Aquí tenemos que felicitar a Aimoino pues acertó con el título más significativo con que se haya podido designar a Santa María del Pilar. *Mater ecclesiarum* quiere decir la primigenia, la primera iglesia de las edificadas en Zaragoza en todos los tiempos.

Consideramos muy importante exponer aquí una reflexión. Se puede correr el peligro de una falsa interpretación de ese aserto de Aimoino tomándolo en su aspecto literal. El sabio monje conoce bien que durante los tres primeros siglos las celebraciones litúrgicas tuvieron lugar en las iglesias domésticas; luego la catedral de Santa María, sede de S. Valero en el 300 y del obispo Senior en el año 850, era posterior a ellas. Para comprender bien la susodicha frase tenemos que recordar que la tradición pilarista aplica la primacía de origen al edículo de Santiago, o sea, a la santa Capilla. La catedral se consideraba como una ampliación de ella y gozaba de primacía de origen por participación. Existía unidad formal entre ellas.

Pruebas al canto. Los canónigos regulares del siglo XIII en su documento titulado *«Cómo fue edificada la Basílica (Capilla) de Santa María del Pilar de Zaragoza»* afirman de modo tajante: *«Ésta es la primera iglesia del mundo dedicada por manos apostólicas en honor de la Virgen. Ésta es la Cámara Angélica fabricada en los principios de la Iglesia»*²⁴². Aplican la primacía a la santa Capilla y por ampliación de privilegio a la iglesia adjunta.

Esa misma comunidad en el recurso de apelación al papa Juan XXII en 1318 afirmaba: *«Sería indecoroso e inicuo que dicha iglesia de Santa María la Mayor*

²⁴² *Qualiter aedificata fuit Basilica Sanctae Mariae de Pilar. A.P. Codice Moralia in Job.*

*de Zaragoza fuese dañada en sus bienes padeciendo tan gran detrimento, ya que dicha iglesia es y ha sido la más antigua de todas las iglesias levantadas en Zaragoza y en España pues, como se encuentra en las crónicas, esta iglesia fue fundada en el año cuarenta de la Encarnación de Jesucristo»*²⁴³. En el año cuarenta se edificó la santa Capilla y en el siglo III la iglesia, pero gozan de la misma prerrogativa. En 1138 el obispo Bernardo modificó el título y llamó a la iglesia **Santa María la Mayor** para que quedase bien patente que era la primigenia, la primera de Zaragoza, pero por razón de la santa Capilla²⁴⁴.

Por consiguiente en la frase de Aimoino «*La iglesia de la bienaventurada Virgen María es madre de las iglesias de Zaragoza*» va implícito el reconocimiento de la existencia del edículo de Santiago, del cual le viene la primacía de origen. Aimoino conoce la existencia de la santa Capilla y ese conocimiento lleva imbricado el de la tradición pilarista. De ahí podemos colegir que esa tradición estaba extendida por toda Francia en el siglo IX. Por esa razón Aimoino lo recuerda en un inciso sin explicación alguna. Pero eso no le quita un gran valor histórico como apoyo de la susodicha tradición.

Por algo el bibliotecario padre Belian del monasterio de San Germán de los Prados se lo comunicó con gran alborozo al prior Bartolomé Llorente el año 1605, obsequiándole gozoso con las obras completas impresas del dicho monje, ejemplar que se conserva en el archivo del Pilar²⁴⁵. Es muy de destacar la importancia que daba el padre Belian a este testimonio de Aimoino.

Volvamos al relato de las reliquias. Dejamos a Audaldo con las manos vacías en Zaragoza. Algo mustio volvió al monasterio de Conkitas. Narró lo sucedido pero le redarguyeron de mentiroso y lo despidieron. Abatido se dirigió a Castres, a 65 km hacia el norte, y llamó a la puerta del monasterio de San Benito. Lloroso contó su desgracia, echando toda la culpa al obispo Senior. Halló oídos benévolos. Atónitos y gozosos el abad y monjes con la noticia de las reliquias de S. Vicente, le otorgaron la permanencia de por vida y determinaron esperar coyuntura favorable para traer a su monasterio un tesoro tan excepcional. Lo que sucedió después lo hemos consignado arriba.

5. Un legado para Santa María de Zaragoza

Haremos mención de otro documento referente a una manda para **Santa María**, realizada durante la dominación musulmana. Un noble hacendado, lla-

²⁴³ *Recurso de apelación al papa Juan XII*. A.P.Arm. 6, c. 1, 1.1, n.º 6.

²⁴⁴ Espés, D., *Historia eclesiástica de la ciudad de Zaragoza*, Ms. B. Capit. La Seo.

²⁴⁵ Gutiérrez Lasanta, F. o. c., p. 145.

mado **Moción**, vivía en Barcelona en compañía de su hijo Wisado. Poseía varias torres o casas de campo con piezas de pan llevar y viñedos. Los graneros y bodegas bien abastecidos. Tenía feudos repartidos en diversos lugares del condado. El bienestar reinaba en su casa. Pero le sobrevino la desgracia hecha presente por una de las terribles razzias del ambicioso **Almanzor**.

El 6 de julio del 985 asaltó la ciudad de Barcelona. Gran número de los habitantes fueron pasados a cuchillo; los demás encadenados como cautivos, entre ellos Moción y su hijo. Incendiaron los edificios y emprendieron la retirada llevándose a los prisioneros. Las mazmorras de Córdoba se llenaron de cautivos hasta que llegara el enjundioso rescate.

En enero siguiente un grupo consiguió la libertad, entre ellos Moción. Se encaminaron a su tierra pasando por Zaragoza, donde Moción enfermó gravemente. Viendo llegar el término de sus días, dictó su última voluntad sobre la distribución de su hacienda ante sus compañeros de prisión Auricio y Engasina, quienes se comprometieron a cumplimentarla. En primer lugar mandó que se entregaran a **Santa María**, que está situada en la zona urbana de Zaragoza, y a las Santas Masas, que se halla fuera de las murallas, cien sueldos²⁴⁶.

Añadiremos un episodio concerniente a las venerables reliquias de esa iglesia. **Abd Al-Rahman** había logrado hacerse dueño del poder proclamándose emir independiente en Córdoba. Su reinado duró treinta y dos años (756-788). Aunque no tomó el título de califa quiso acentuar su carácter de suprema autoridad religiosa, El culto que los cristianos tributaban a las reliquias de los santos lo consideraba idolátrico, intolerable para un muslim. En consecuencia ordenó apoderarse de todos los cuerpos que los cristianos honraba en sus templos y quemarlos.

Como el gobernador de Saraqusta se mantenía independiente, el peligro permanecía alejado. Pero hete aquí que el año 781 se presentó a las puertas de la ciudad decidido a someterla. Los monjes, conocedores del fanatismo del emir, maquinaron un ardid para evitar la profanación. Cavaron una profunda fosa en el suelo de la cripta y depositaron allí dos grandes sarcófagos: en el uno colocaron las reliquias de Santa Engracia y san Lupercio con cartelas identificativas y en el otro las de los dieciocho compañeros de la santa. Todo quedó bien disimulado bajo tierra. Los ejecutores de la operación pasaron a mejor vida y se perdió la memoria del inapreciable depósito. Casualmente se dio con él el 13 de marzo de 1589, al realizar trabajos de consolidación de los cimientos de la iglesia subterránea²⁴⁷.

²⁴⁶ Fita F., *El Templo del Pilar y S. Braulio de Zaragoza*, BRAH-1904, t. 44, p. 437.

²⁴⁷ Castillo Genzor, A., *Anales de Zaragoza I*, p. 124.